

EL CHE DE LA FILOSOFIA



Manuel Formoso Herrera

taba muy seguro de si la cicuta era arma aguda y de herida mortal.

Hoy en día, gracias a la labor del Departamento de Filosofía y de la cátedra de Fundamentos de Filosofía, las obras de los grandes maestros en el arte del buen pensar se agotan en las librerías y decirse estudiante de filosofía no es nada risible ni sintomático de una seria enfermedad psicológica. Lo que es más interesante aún, hay quienes nos ganamos la vida con la filosofía, enseñándola y aprendiéndola en la Universidad de Costa Rica.

¿A qué o a quiénes se debe esta revolución cultural? Podemos decir, sin temor de equivocarnos, que se debe a la reforma universitaria del año 57 y a todas las personas que contribuyeron a llevarla a cabo, y pido excusas por no citar aquí todos sus nombres. Sin embargo, hay una que contribuyó de modo notable y que ha continuado a lo largo de más de diez años en la misma tarea. Me refiero al doctor Constantino Láscaris Comneno.

El Dr. Láscaris llegó a Costa Rica y, como el flautista de Hamelin, empezó a tocar su flauta mágica. Tras ella comenzaron dócilmente a marchar al son de Descartes y su Discurso del Método, de Kant y su metafísica, de Hegel y su espíritu absoluto, los jóvenes costarricenses. Ya en una edad un poco más avanzada que la de los adolescentes, yo tropecé con el Dr. Láscaris y fui víctima de su magia. Mis intereses filosóficos se fortalecieron y lo que es más importante, se precisaron en un campo particular en el cual me siento cada día más a gusto, el del Pensamiento Político.

La lucha del Dr. Láscaris no fue siempre fácil ni agradable. No es sencillo cambiar los hábitos mentales de la gente y menos los de los estudiantes. En esta batalla desplegó todas sus armas, su poder de seducción y su espíritu de guerrillero. Atacando aquí, escurriéndose más

allá, soltando una picante ironía, deslumbrando tantas veces con sus inolvidables conferencias de Estudios Generales.

Con el tiempo el Dr. Láscaris se reveló como especialista de una preciosa arma intelectual. Para despertar, las conciencias y poner a pensar a los estudiantes costarricenses —tan excepcionalmente aristotélicos por su medianía enemiga de los extremos— lo más efectivo que encontró el Dr. Láscaris fue el escándalo. Decir de las cosas aquella parte de la verdad que, sola y fuera del contexto, resultara lo más chocante y llamativo. Y en esto fue y es maestro.

Recuerdo una de sus actuaciones más brillantes en una sesión de Estudios Generales. Se discutían algunas medidas para intentar disciplinar y ordenar un primer año de varios miles de estudiantes. Algunas profesoras defendían a los alumnos con un "pobrecitismo" y "maternalismo" excesivo que sacó de quicio a nuestro doctor. Ante el asombro general, el Dr. Láscaris, con la persuasión que lo caracteriza, propuso la idea de que en adelante los estudiantes deberían venir uniformados, con pantalón corto, medias blancas y lazos celestes en las rodillas. Si la memoria no me falla,

presidía la sesión Guillermo Malavassi, nuestro Ministro de Educación. Todavía me parece ver en sus ojos el brillo de satisfacción que le produjo la moción de Láscaris y el gesto de tristeza al no poder ponerla a discusión.

El Dr. Láscaris no ha abandonado su arma predilecta ni su estilo de pelea en favor del buen pensar. Para muestra de ello el brillante botón que nos ha dado con su artículo de días pasados, en el cual califica al Che Guevara de santo patrón de los boy scouts.

A quienes no estén familiarizados con este método del "escándalo" y se hayan quedado con la boca abierta por la canonización del guerrillero revolucionario, yo les ruego que la cierren primero que nada, porque no hay de qué asombrarse, y luego que comprendan que lo que quiere nuestro "Che Guevara de la filosofía" es que nos intereseamos y estudiemos más y mejor a nuestros políticos y revolucionarios, para que sepamos bien de qué se trata y así el día de mañana, cuando alguien nos diga que Fidel Castro es el santo patrón de los apóstoles —quizás por lo bíblico de la barba— abramos la boca, no para dejarla abierta de asombro, sino para reír con franca carcajada.